Hicieron un barco con un periódico viejo, pusieron el soldado dentro y lo echaron al arroyo. La corriente era rápida, los dos pilluelos le seguían corriendo y tocando las palmas. ¡Qué oleaje, Dios mío, en este mar! El barco de papel se agitaba en todas direcciones, pero á pesar de sus brascas sacudidas, el soldado de plomo permanecía impassible con la mirada fija y el arma al brazo.

—«¿A donde voy?—pensaba nuestro navegante. —Sí, sí, el duende es quien me juega esta mala pasada. Sin embargo, si la señorita estuviese en el barco conmigo, no me disgustaría la oscuridad, aunque fuese dos veces mayor.»

Muy pronto apareció una rata de agua, era un habitante del canal.

—El pasaporte,—dijo—venga el pasaporte.

El soldado de plomo guardó silencio y aprestó su fusil. El barco siguió su camino y la rata detrás enseñando los dientes y gritando:

—Detenedle, detenedle, que no ha pagado el derecho del pasaje ni ha presentado el pasaporte.

Pero la corriente crecía por momentos; el soldado distinguía ya la luz; pero al mismo tiempo oía un ruido capaz de hacer temblar al hombre más intrépido. Al extremo del canal había un salto de agua tan peligroso para nuestro soldado, como lo sería para nosotros una catarata, y estaba tan cerca, que era ya imposible retroceder.

El barco se lanzó al precipicio; el pobre soldado se mantenía tieso y firme, y nadie hubiera podido decir que pestañeaba siquiera. Después de dar muchas vueltas sobre sí mismo, el barco se había llenado de agua y amenazaba sumergirse. El agua llegaba al cuello á nuestro soldado; el buque se hundía más cada vez.

En esto el papel se despliega y el agua cubre la cabeza del navegante, que piensa en la hermosa bailarina á quien ya no espera ver más.

El papel se rompe y el soldado cae; pero en el mismo instante es devorado por un pez.

¡Entonces sí que estaba oscuro! ¡Aquello era peor que el canal! ¡Y qué apretura! Pero siempre intrépido, el soldado de plomo se tendió cuan largo era, con su arma al brazo.

El pez se movía en todos sentidos y daba terribles sacudidas; por fin se quedó quieto y pareció que le atravesaba un relámpago. Lució el día y una voz gritó; ¡Un soldado de plomo! El pez había sido cogido, expuesto en el mercado, vendido y llevado á la cocina, donde la cocinera lo había abierto con un gran cuchillo. Después lo cogió con dos dedos por medio del cuerpo y lo llevó á la sala donde todo el mundo quiso contemplar á aquel hombre notable que había viajado en el vientre de un pez.

Sin embargo, el soldado no estaba orgulloso. Se

le puso sobre la mesa, y allí—¡qué cosas tan raras se ven en el mundo!—se encontró en la misma habitación de la cual había sido arrojado por la ventana. Reconoció los niños y los juguetes que estaban sobre la mesa, el bonito castillo y la hermosa bailarina siempre con su pierna en el aire.

El soldado de plomo se conmovió tanto, que hubiese querido llorar plomo; pero esto no hubiera estado bien. Miró á la bailarina, la bailarina le miró á él, pero no se dirigieron ni una palabra.

De improviso, uno de los niños le cogió y le echó al fuego sin el menor motivo, impulsado sin duda por el duende de la tabaquera.

El soldado de plomo estaba de pié, iluminado por un resplandor vivísimo y sintiendo un calor insoportable. Todos sus colores habían desaparecido, sin que nadie pudiera decir si esto era consecuencia de sus viajes ó de sus penas.

Seguía mirando á la bailarina, y la bailarina le miraba también. Él se derretía, pero siempre valeroso conservaba su arma al brazo. En esto se abre una puerta y el viento arrebató á la bailarina, que, semejante á una sílfide, vuela hácia la chimenea, cerca del sitio que ocupaba el soldado, y desaparece entre las llamas. El soldado de plomo se había convertido en una pequeña masa.

Al día siguiente, cuando la criada entró á recoger las cenizas, encontró un objeto que parecía un pequeño corazón de plomo. De la bailarina solo quedaba una pajita ennegrecida por el fuego.

X.

LA VIDA

NACEMOS sin voluntad
Y sin rumbo caminamos,
Y con anhelo buscamos
Por do quier felicidad.
Tocamos la realidad,
Y vemos con amargura,
Que es falsedad la ventura;
Y al terminar la jornada,
Nos hallamos con la nada
Dentro de una sepultura.

I. MASALLES MIRAPEIX.

LA VANIDAD DE TODO

POR qué el hombre no ha de poder volar como el cometa? ¿Qué importa que el pensamiento